

PEDRO BERENGUEL NIETO

**LA ÚLTIMA PLAGA**  
(NARRACIONES ESTELARES /I)

## BAJO LA LLUVIA

En Alpha Dárdanel siempre está lloviendo. Saberlo no ayudaba en nada, pero ahora Sh'Sortuq no podía dejar de pensar en ello. La lluvia caía desde unos cúmulos de vapor situados en algún punto por encima de los rascacielos. Los humanos los llamaban nubes.

Nubes.

Como era de noche no podía verlas, pero tenían que estar allí. Hace dos rotaciones, cuando atravesaba la atmósfera de Alpha Dárdanel, el cielo estaba cubierto por esas “nubes”. Eran blancas y le parecieron hermosas. Ahora las muy hijas de puta le tenían empapado.

Y eso no le sentaba nada bien.

Se ajustó el abrigo en un vano intento de frenar la invasión de gotas frías y continuó caminando. Le hubiera gustado correr pero estaba herido, perdía sangre y la humedad le estaba mermando las fuerzas. Maldita la hora en la que aceptó venir a este planeta.

Buscó entre sus ropas. Nunca se acostumbraba a la ropa de los melok. Humanos estúpidos. ¿Para qué tantos bolsillos? Encontró el telecomunicador, un modelo ya en desuso, de diseño tosco.

— Activando modo de emergencia —le dijo al aparato.

— Modo E activado —le respondió este a su vez con la típica voz robótica de hembra melok.

Meditó unos instantes lo que iba a decir. Miró tras de sí: luces, asfalto, gente y lluvia. Tal vez los había despistado en la estación central. No obstante se adentró en un callejón. Con los humanos nunca se sabe.

— Mensaje.

— Grabando mensaje —cacareó la voz sintética.

— Ya tengo la fuente. Estoy herido y no creo que vaya a salir de esta, pero tranquilo... me he asegurado. Está en buenas manos. Recuerda lo que te enseñé en Sharifk. Nos veremos al otro lado.

— ¿Desea finalizar el mensaje?

Sh'Sortuq sintió, más que notó, que ya no estaba solo en el callejón. Todos los de la especie hayyan tenían un sentido extra para estas cosas.

— Sí...

— ¿Desea continuar con el protocolo de emergencia?

— Sí...

— Proceso en marcha... 30 segundos estándar.

Sh'Sortuq dejó el telecomunicador en el suelo. Sin darse la vuelta dijo:

— Lo que está hecho, hecho está. Ya no importa que me mates.

— Mejor, porque es justamente lo que voy a hacer —dijo una voz a su espalda.

El hayyan dejó que su naturaleza fluyera libremente. Abandonó la forma y aspecto humanos dando paso a otra mucho más terrible y reptiliana. Su disfraz, su falsa piel, quedó hecho jirones, mostrando su verdadero ser. Si iba a morir no quería parecer un jodido melok.

—... 25 segundos estándar —la vocecilla del telecomunicador sonaba distorsionada por la lluvia.

Sh'Sortuq se dio la vuelta. Vio a su perseguidor. Iba bien equipado para darle caza: un neuroyelmo de infravisión y una ciberlóriga

reluciente, de las buenas. Todo un lujo. Por eso mismo enseñó sus dientes afilados y alzó las garras con orgullo. <<Que se joda la tecnología>>, pensó. La pierna le ardía en contraste con la lluvia. Solo tenía que aguantar 25 segundos.

El humano no esperó. Desenfundó un arma de proyectiles y disparó a su objetivo mientras saltaba con agilidad, en busca de cobertura, tras un contenedor de basura. Hizo dos impactos que atravesaron al hayyan limpiamente, mezclando su sangre anaranjada con el agua.

Sh'Sortuq apenas sintió nada, imbuido por la rabia. Cargó directamente contra el contenedor, arrollándolo junto con el humano. El estruendo se mezcló con los truenos lejanos.

— ¡Puto melok! —le gritó, escupiendo sangre—. ¡Te llevaré conmigo!

El humano salió despedido por el impacto pero no pareció muy afectado. Se alzó de nuevo con elegancia y apuntó al objetivo con gélida precisión. El hayyan saltó, fauces abiertas, garras dispuestas a esparcir unas cuantas tripas en la noche. El disparo acertó en la cara del alienígena, que aún pudo descargar su golpe. Las garras impactaron y el humano voló hasta estrellarse contra la pared que tenía detrás.

—... 15 segundos estándar.

El objetivo cayó en uno de tantos charcos de inmundicia, salpicándolo todo. Agua sobre agua. Sangre sobre sangre. Aún tuvo el impulso inconsciente de levantarse. Le faltaba media cara y el único ojo que le quedaba miró al humano con odio antes de derrumbarse totalmente.

—... 10 segundos estándar.

El humano se apoyó en el muro para conseguir levantarse. Se encogió de dolor a la vez que se llevaba una mano a las costillas. La armadura estaba abollada. De no haberla llevado estaría muerto. Con la otra mano alzó el arma y disparó al objetivo dos veces más, en parte para asegurarse y en parte por despecho. El casco ocultaba su

cara. Por eso nadie habría podido ver la mueca de intenso dolor que cruzaba su semblante.

—... 5 segundos estándar.

Gritando por el esfuerzo y sin dejar de sostenerse el costado, se tambaleó hasta el telecomunicador.

—... 3 segundos estándar.

Cayó de bruces junto al aparato. Por un momento el dolor casi le deja inconsciente.

—... 1 segundo estándar.

Sin saber cómo aferró el telecomunicador y dijo:

— Anular modo E...

Hubo una pausa. La lluvia estaba aflojando un poco. El mundo pareció dar vueltas alrededor del humano. Apenas podía sostener el comunicador. La pausa parecía no tener fin. Jadeante y herido, soltó el arma y fue arrastrándose hacia la pared para esperar. Aquel cacharro había detenido la cuenta atrás pero parecía estar procesando algo.

Llovía.

Cada gota una nota discordante, un “clank”, un “plink”. Un concierto de relojes chirriantes, resollando contra aquel rumor de agua inagotable. Al humano le cruzó por la cabeza un pensamiento absurdo: el tiempo era un compositor ciego que medía las horas con un metrónomo de barro. Cada partícula del chubasco derretía el mecanismo, transformando minutos en semanas que caían a sus pies formando charcos.

Tras lo que le pareció una eternidad la voz femenina se dejó escuchar.

— Mensaje enviado. Procediendo a reproducción protocolo zeta.

— ¿Qué coño...? —el humano se quedó descolocado por un momento—. ¿De qué estás hablando, móvil de mierda?

Como respuesta una voz surgió del altavoz, pero no era una voz femenina ni metálica. Era la voz de Sh'Sortuq.

— Eres como todos los melok —habló la grabación con desprecio—. Sucio y necio...

— ¿De qué va esto... cómo...?

La reproducción continuaba.

—... crees que los de mi raza somos simples y estúpidos. Gran error. Sólo se podía activar el modo de emergencia al anularlo, ¿qué te parece?...

— ¡No me jodas!

—... Así que gracias por enviar el mensaje. Nunca hallaréis la fuente. Ahora es hora de morir. Adiós, melok... ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja...

El humano no tuvo tiempo ni fuerzas para reaccionar. Sólo pudo cerrar los ojos y maldecir. El telecomunicador estalló como un trueno, reventando al humano y chamuscando la zona.

Por fortuna la lluvia evitó que se propagaran los daños.

En Alpha Dárdanel siempre está lloviendo.



## PIEZAS SUeltas

Alpha Dárdanel.

Planeta telúrico de clase inferior. Tiene bastante más agua que la Tierra, aunque nunca para quieta. Porque el agua allí no se aclara y se pasa todo el tiempo para arriba, formando nubes, y para abajo, formando charcos, ríos, océanos y, usualmente, goteras.

A pesar de ello es habitable. Deprimente, pero habitable. Orbita alrededor de una estrella enana tipo F que, por alguna razón, tiene un espectro azul verdoso muy peculiar. La estrella se llama Dárdanel, le da nombre a todo el sistema, y es muy bonita... pero como en el planeta siempre está lloviendo a la gente le da lo mismo su color y todas esas cosas.

Hay un par de continentes bastante decentes donde los humanos han erigido vastas urbes de cemento, hormigón y plástico acerado. En total hay tres ciudades grandes repletas de rascacielos, unidos los unos a los otros de mil y una formas arquitectónicas, formando una red metálica y reluciente. Una telaraña de neón lista para atrapar a los urbanitas, como si fueran mosquitos de colores.



Las precipitaciones son el pan de cada día, así que han desarrollado el sistema de alcantarillado y procesamiento de aguas residuales más moderno y eficaz de toda la galaxia.

O eso dicen.

En un callejón cualquiera de Cloudscraper, su ciudad principal, dos figuras empapadas hasta los tobillos no estarían de acuerdo con tal afirmación. La zona estaba acordonada con holocintas y luces de advertencia para impedir la entrada a los curiosos, manteniendo la escena del crimen lo más inalterada posible. Porque tenía que haber sido un crimen, si no ¿qué hacían, el cuerpo de un hayyan y múltiples pedazos de la mitad de otro cuerpo, tirados por el callejón?

Desafortunadamente todas las cloacas de este sector, y de otros tres sectores más de la ciudad, habían quedado desbordadas por el agua y la inmundicia. Justo a tiempo para jorobar la escena del crimen.

— ¿Qué hora es, Dan?

— Me lo acabas de preguntar hace cinco minutos...

— ¿Seguro?

Dan, que se había agachado, alzó la mirada. Ya era bastante malo que toda la mierda de la ciudad hubiera salido a flote, impidiendo su labor policial. Ya era jodido estar calado hasta los huesos por culpa de la racha de lluvia más intensa de los últimos tres años. Pero todo eso lo podía sobrellevar, más o menos. Lo peor era que, encima de todo este meollo, tenía que aguantar a Terión. Nadie en todo el departamento soportaba a ese cretino. Nadie sabía cómo lograba mantener su puesto a pesar de las quejas. Nadie sabía nada de su vida privada, ni querían saberlo. Él siempre se las arreglaba para estar en el sitio equivocado en el peor momento... y nadie sabía cómo lo hacía.

Era un misterio.

— Sí, Terión, seguro...

— Ajá. Vale. Y entonces ¿qué hora es?

Dan perdió la paciencia.

— Es la hora de que muevas el culo —le contestó de mala gana mientras se levantaba—. Haz algo útil para variar.

— ¿Como qué? ¿Llamar a la central para que envíen una drenadora?

Dan chapoteaba por el callejón seguido por Terión, impotente ante la situación.

— Exacto. Si sacamos toda esta agua y secamos la zona tal vez avancemos algo antes de que llegue el teniente...

— Ya lo he hecho sargento, pero han pasado de mí —vio cómo Dan apretaba los puños, amenazante, y se apresuró a añadir—. ¡No es culpa mía! La puñetera lluvia ha inundado las propiedades de algunos peces gordos. Han destinado todas las unidades de saneamiento a limpiar el culo de los ricachones, incluidas algunas de las nuestras.

— ¿Y qué más? —se quejó el sargento—. ¿Quieren que también aprendamos a bucear?

— No sé, pero al jefe no le va a gustar nada.

— ¿Te refieres al teniente?

Terión asintió. El teniente era uno de los pocos en el departamento que no le estaba machacando constantemente. Aunque no tenía nada que ver con el aprecio. Más bien todo lo contrario. Cuando había un trabajo sucio que hacer ¿a quién mandaba el teniente? Al pobre Terión. Todos en el departamento se sentían incómodos delante del teniente. Tal vez fuera por su mirada penetrante, o por esa manía suya de repetir siempre la última palabra, o por empeñarse en vestir como un terrícola de hace mil años, con su gabardina, sus pantalones de pinza, los zapatos de piel y ese sombrero... incluso llevaba un revólver.

Joder.

Un puñetero revólver, ¡si ya no los fabrican! El cielo sabe cuánto le debe costar cada bala. Estaba loco, eso seguro, porque sólo un loco convertiría al agente Terión en su chico de los recados personal. Por eso le llamaba jefe. Era su jefe, dijeran lo que dijeran los otros.

— Al teniente no le gusta que le llames jefe —comentó Dan como leyéndole el pensamiento—. No deberías hacerlo.

— No puedo evitarlo, sargento. Me sale del alma.

De pronto dejó de caerles agua encima y el nivel de agua estancada comenzó a descender drásticamente.

Sobre sus cabezas un grupo de drones, redondos como balones, gravitaban perezosamente mientras tendían una lona semirrígida de plástico por toda la zona, cubriendo así el callejón de pared a pared. De la parte trasera del mismo les llegaba el ronroneo rítmico de una drenadora funcionando a toda potencia.

— ¡Vaya! —exclamó Terión, observando aquellos robots con forma de champiñón—. Parece que al final tendremos un poco de suerte hoy.

— Nada de suerte, agente —dijo el sargento, muy serio—. Es él. Ambos miraron en dirección a la entrada del callejón.

Una figura alta atravesó la barrera holográfica que acordonaba la zona. A contraluz parecía un fantasma venido del pasado, con sus ropas antiguas y su paraguas negro. Tenía que ser el teniente, pero no por nada especial, sino porque seguro que era el único tipo, en un kilómetro a la redonda, que estaba totalmente seco. <<Qué cabrón—pensó el sargento Dan—. Siempre se las apaña para que los demás parezcamos gilipollas>>.

— Buenas tardes, señores —saludó el teniente—. Disculpen el retraso pero me entretuve consiguiendo una de esas —dijo señalando en dirección a la drenadora, oronda y reluciente—. Pensé que nos vendría bien. Y, Terión, antes de que lo preguntes, son las siete y siete, ¿de acuerdo?

— Sí, jefe. Gracias, jefe.

— Gracias, jefe —repitió el teniente, como solía hacer—. Bien. ¿Qué tenemos aquí, sargento?

— De momento poca cosa. Extraje una muestra de ADN de ambos sujetos. Los medibots ya las han analizado.

El teniente pareció meditar un momento sobre aquello. Cerró el paraguas y lo dejó a un lado. Luego añadió:

—... analizado. Vale. ¿Quiénes son?

— Los restos esparcidos pertenecen a un humano, un mercenario de los buenos si uno se fía de los registros —explicó Dan sin mucho entusiasmo—. Un tal Franklin Rayland, más conocido por el sobrenombre de Sombra. Acostumbra a trabajar en equipo. He ordenado al agente Terión que lo investigue.

El teniente dirigió su mirada hacia el agente, que andaba por el callejón agazapado, husmeando entre los restos. Terión debió notar que le miraban porque habló sin darse la vuelta.

— Son un grupo de tres, jefe. Ya sabe cómo son estas cosas, ¿no? Uno experto en armamento y combate; otro suele ser piloto para el transporte y las incursiones y las fugas y todo eso... y un hypernauta para la gestión de recursos, el asalto de I.A. y todo ese rollo. ¿Me capta, jefe?

— Bien. Deduzco que el sr. Rayland sería el experto en combate, ¿verdad?

— Así es, jefe.

— ¿Y qué hay de la deflagración?

— ¿La explosión? —intervino el sargento, dándose por aludido—. Bueno. Hasta ahora no tenemos nada. El equipo de la científica estará por llegar. Sabemos que se hizo una llamada desde aquí. Tal vez esa llamada activase un detonador.

El teniente no dijo nada. Paulatinamente fue escrutando con la mirada toda la escena. Cualquiera diría que llevaba implantados un buen par de ojos biónicos, pero no. Era mucho peor. Tenía dos ojos normales capaces de ver aquello que los demás no verían aunque les mordiera en el trasero. Y su mirada fue a parar al cadáver del hayyan. Se acercó a él.

— ¿Y este quién es? —le preguntó a Terión.

— No lo sabemos seguro. Es un bicho... —el teniente le miró con mala cara y se corrigió a sí mismo—... bueno, un hayyan, ya sabe, un reptiliano de Sharfk. Son difíciles de ver fuera de allí. Al terminar la Guerra de los Mundos Lejanos se autoexiliaron en su

planeta natal. El sistema Dárdanel queda lo menos a 20 pársecs del puerto estelar más cercano a su sector.

Como el teniente callaba, los otros dos también callaron. La lluvia repiqueteaba, incesante e inútil, en el techado de multiplástico como única banda sonora. Pronto estuvieron los tres dando vueltas por ahí, en silencio, iluminando los restos de carne, metralla y cemento con las linternas de sus brazaletes, anotando detalles para analizarlos más tarde.

Luego llegaron los de la científica con sus escáneres, sensores y medidores. Almacenaron representaciones tridimensionales de cada micra de terreno. Organizaron a los drones rastreadores. Tomaron muestras. Sondearon y clasificaron cada átomo del callejón. Seguidamente enviaron una copia del informe a la cola de archivos del teniente. Samuel descargó el contenido y le echó un vistazo preliminar. Allí estaban anotadas minuciosamente todas las observaciones del equipo científico. A continuación se largaron tal y como habían llegado.

— Sugiero que, ahora que tenemos el informe, abandonemos la escena del supuesto crimen —anunció el teniente sin alzar la voz—. Dejemos el papeleo para los de comisaría.

<<Papeleo —repitió mentalmente Dan mientras salían del callejón—. No se ha visto una hoja de papel circulando por el departamento en más de un siglo, y él sigue usando esa expresión como si tal cosa>>.

Mientras tanto el teniente recogió su paraguas y se cubrió con él. Era grande como para dos personas y media, pero a ninguno de los dos compañeros se le pasó por la mente cobijarse debajo. Impartió órdenes verbales a los drones centinelas. Estos drones eran un poco más elípticos que los normales, más grandes, recubiertos de luces de advertencia y con unos acabados intimidantes, rectos, repletos de aristas. Tras ordenarles que sólo permitieran acceso al personal autorizado, Samuel caminó directo hasta el vehículo patrulla de Dan, un modelo híbrido un tanto anticuado.

— Agente Teri3n —dijo antes de entrar en la cabina—. Usted se quedar3 aqu3 e iniciar3 un reconocimiento rutinario.

— ¿Yo, jefe?

— Eso he dicho.

— Pero si ya hay un mont3n de agentes metidos en esto. Y adem3s hay sint3ticos y robots de vigilancia. No creo que...

— Conf3o plenamente en sus aptitudes, agente. Quiero que pregunte a todo el mundo. Alguien pudo ver algo. Siempre hay alguien.

— ¡No es justo!

— Justo. Claro. Tenga —el teniente le tendi3 el paraguas y se meti3 en la cabina del veh3culo, seguido por Dan—. Le resultar3 3til. ¡Ah! S3. Lo olvidaba.

— ¿S3, jefe?

— No soporto que me llamen jefe —a3adi3 mientras las puertas se cerraban.

Una vez el veh3culo hubo tomado altura suficiente, se incorpor3 a la v3a virtual. El teniente, sin aparentes ganas de hablar, tecle3 el destino en la consola del conductor. Luego cerr3 los ojos un momento y se acomod3 en el asiento.

Aquel era un autom3vil gravitacional h3brido de tipo est3ndar. Una vez en el aire los ordenadores de abordo situaban el grav en l3nea con unos ra3les virtuales. Se trataban de senderos creados tridimensionalmente por un ordenador de regulaci3n de tr3nsito urbano. Marcaban la altura 3ptima de vuelo, as3 como el rumbo a seguir, la velocidad o la distancia m3nima de seguridad entre dos veh3culos distintos. Todo ello era invisible, claro, pues se trataba de computadoras hablando con otras computadoras. Ellas marcaban las paradas, los cruces, los cedas... formaban un marcapasos gigantesco donde la sangre flu3a como mercurio cayendo por un tobog3n de multipl3stico.

De todos modos era obligatorio para todo usuario, a la hora de obtener el permiso de conducir, saber manejar uno de esos veh3culos manualmente por si la comunicaci3n con la central se interrump3a

o quedaba dañada accidentalmente. Lo cual generaba una situación curiosa. En un mundo donde los coches se conducían solos, todavía existían señales de tráfico.

En realidad todo aquello era una excusa cualquiera para tender anuncios holográficos de todo tipo a lo largo y ancho de cada aerovía. Cada vez que un grav se detenía en un semáforo, sus ocupantes eran bombardeados por centenares de propagandas.

Al teniente le incomodaba toda aquella avalancha de consumismo, pero sobre todo que las máquinas condujeran solas a otras máquinas... más aún si dentro iban personas. Era de agradecer, no obstante, esta rutina, pues al no tener que manejar el grav podía centrarse en hablar con el sargento. De hecho fue el sargento quien rompió el silencio.

— Dime, Sam, ¿por qué has dejado a cargo a ese idiota? —preguntó directamente.

— Ese idiota. Claro. Le subestimas, sargento. Tiene un don para encontrar pruebas.

— Querrás decir para encontrar problemas.

— Problemas. Tal vez. Cada uno tiene su estilo. Y no me llames Sam. Sabes que no me gusta.

Transcurrieron unos segundos. Ambos se contemplaron, muy serios. El teniente se quitó el sombrero. Dan miró por la ventanilla mientras decía:

— ¿Cuánto hace que trabajamos juntos, Sam? ¿Diez traslas? ¿Y cuánto es eso? ¿Unos quince años?

— Quince años. Sí.

— ¡Joder, Sam! Te conozco, Cuando te pones borde es que hay algo que te ronda por la cabeza.

Ambos se miraron. Esta vez fue el teniente quien apartó la vista.

— Es por esa llamada que se realizó desde el callejón —comenzó Sam.

— Lo sabía, ¿ves? Algo va mal. ¿Qué pasa?

— Que no fue una llamada. Fueron unos cien millones de mensajes enviados en menos de siete segundos estándar.

Dan se lo quedó mirando con los ojos abiertos.

— ¿QUÉ? No puede ser. ¿Me tomas el pelo?

— Sabes que no.

— Bueno... vale... bien... ¿Se conoce el destino de esos mensajes?

El teniente Sam asintió.

— Unos cien millones de destinos, más o menos.

Si Dan no hubiera estado sentado se habría caído de culo.

— Pero, pero... pero, la energía necesaria, el procesador, el marcador, la potencia de la señal, la frecuencia de envío por segundo... y eso sólo por nombrar unas cuantas cosas... ¿de qué tipo de tecnología estamos hablando?

— No lo sé. Pero este es el mensaje que se envió.

Sam le tendió una tira de papel a Dan. <<¡De papel! ¿De dónde lo habrá sacado?>>. El sargento la cogió como si fuera de oro y diamantes y la leyó atentamente. Dos veces.

— Aquí dice: “Ya tengo la fuente. Estoy herido y no creo que vaya a salir de esta, pero tranquilo... me he asegurado. Está en buenas manos. Recuerda lo que te enseñé en Sharifk. Nos veremos al otro lado” —recitó Dan en voz alta—. Pero esto no tiene sentido. ¿Por qué no encriptar el mensaje? Es como si no le importara que cualquiera lo pudiera leer o recibir.

—Recibir. Exacto —el teniente recogió el papel y miró a su compañero—. ¿Para qué proteger el mensaje, Dan? Hay cien millones de destinatarios, algunos a más de 50 pársecs... no podemos investigarlos todos.

— Es como buscar un grano de sal en el desierto —convino Dan—. Uno de ellos debe de ser el verdadero destinatario.

— Destinatario. Ya lo he pensado. Por eso tardé tanto en llegar al callejón. Estuve haciendo averiguaciones.

— Lo imaginaba.

— Sí, bueno, ya me conoces —Sam sonreía al hablar, un gesto extraño de ver en su cara—. Hice buscar un patrón en la marcación,



o en los destinos, o en la intensidad de frecuencias, no sé. Algo que indicara una zona o lugar en el que centrarse.

— ¿Como apellidos de personas, o su raza, o número de la Seguridad Social y cosas así?

— Cosas así. Muy bien, Dan, no me decepcionas. Pero todo fue en balde, al menos de forma preliminar. Los informáticos dijeron que tal vez si pudieran echar a un vistazo al dispositivo...

—... pero el dispositivo está hecho añicos —concluyó el sargento por él—. Todos hemos registrado el callejón. Robots, agentes... nadie ha encontrado nada. La explosión acabó con el telecomunicador o lo que fuera... ¡Nos han ganado antes de comenzar!

— No tan rápido, amigo mío. Todavía queda un cable suelto.

Estaban parados en un semáforo. La luz rojiza distorsionada por la lluvia en las ventanillas teñía la cabina del grav. Sam permitió que el sargento meditara sobre aquello. El semáforo se puso en verde.

— ¡Ya lo tengo! —se emocionó Dan—. El reptiliano, ¿verdad?

— Verdad. Por no mencionar a los compañeros del sr. Rayland. Esos te los dejo a ti.

— Hombre, qué detalle —respondió con sorna.

— De nada. Es muy extraño que el sr. Rayland haya acabado con el reptiliano para luego explotar en mil pedazos...

— Tuvo que matar al alienígena antes de estallar —razonó Dan.

— En efecto —repuso el teniente, mientras activaba el proyector holográfico de su brazalete, mostrándole los datos a su compañero—. Pero si consultas la información obtenida por los de la científica, y contrastas la hora exacta de la muerte de Rayland, con la emisión de los mensajes...

El sargento activó su brazalete, accedió al archivo de Samuel y lo proyectó en el salpicadero. Dan observó, estupefacto, cómo los apuntes que relataba Sam iban formando una gráfica comparativa en la holoproyección, cotejando los hechos.

— ¡Joder! ¿Los mensajes fueron enviados por Rayland? —concluyó Dan, sin creerse ni él mismo sus propias palabras—. ¿Mató al hayyan, envió todos esos mensajes y se suicidó? No tiene sentido...

— No tengo más que decir por ahora —declaró el teniente—. Te he mostrado el mensaje por escrito, pero en verdad era un mensaje de voz normal y corriente, sin vídeo, ni foto, ni holograma, ni nada. Así que mandé analizar la voz. Tenía matices de hayyan.

— Un momento. El reptiliano estaba muerto. No puede ser a menos que Sombra...

—... el sr. Rayland...

—... como se llame, matase al alienígena, le quitase el maldito telecomunicador, enviara la información y ¡boom! Le explota en la cara y fin de la historia.

— Fin de la historia. Casi. Pero no. Algo no cuadra. Es absurdo.

— ¿Qué quieres decir?

El grav estaba entrando ya en los muelles del aparcamiento. Se encontraban en la zona de restaurantes que hay cerca del ayuntamiento.

— Te lo diré luego. Ahora —dijo el teniente—, ¿te apetece un café?



## O J O S   Q U E   N O   V E N . . .

**E**n Alpha Dárdanel todos los agentes de policía deben llevar su brazalete. Les sirve como placa identificativa, comunicador y localizador, entre otras cosas.

Terión consultó el suyo brevemente. ¡Qué tarde era! Maldijo por lo bajo. Llevaba más de tres horas rot dando vueltas por la zona husmeando, preguntando y, en general, aprovechándose del trabajo que otros agentes ya habían realizado.

Bueno.

Aprovecharse no era la palabra que el teniente habría utilizado. Supervisando. Eso. Supervisando lo que hacían los demás. Pero el jefe quería resultados. Terión no sabía muy bien cómo conseguirlos. ¿Quién cojones habría visto algo con la que estaba cayendo? De momento una anciana le había gritado acusándole de robarle el gato, y un par de yonkis aseguraban haber visto cómo Dios salía corriendo del callejón.

Genial.

Además tenía pinta de empeorar. El último parte climatológico anunciaba descargas eléctricas y aumento de las rachas de viento.

Ya se notaba, porque el paraguas del jefe no le estaba sirviendo de mucho.

Así que, cuando sus pasos le llevaron a la entrada del hotel DryStar, una idea genial se abrió paso en el flujo de sus pensamientos, como si fuera un *pop up* guarro de esos que acechan en hypernet. ¿Por qué no supervisar el hotel? Estaba cerca de la escena del crimen y tenía cien pisos de altura... eso son muchas habitaciones y mucha gente. Tendría faena para rato, estaría calentito y, lo más importante, seco.

Vio cómo varios grupos de agentes uniformados entraban en el edificio. Sin pensarlo dos veces cerró el paraguas y fue tras ellos. Sólo iba a supervisar un poco ¿qué tenía eso de malo?

— Oye, ¿tienes hora? —le preguntó al primero que pilló en el vestíbulo.

— Sí, mmm... agente. Son las 21:34, hora rot.

— Gracias.

El otro agente se quedó mirando a Terión un par de segundos. No tenía claro si Terión era un policía de verdad. Daba la impresión de ser más bajo de lo necesario para entrar en el servicio de seguridad ciudadana. Iba sin afeitarse, su uniforme parecía haber conocido tiempos mejores y, desde luego, las botas que llevaba no eran las reglamentarias ni de lejos.

— Bonitas botas —le mintió.

— ¡Oh! Gracias —contestó Terión sin captar la ironía—. Son mis favoritas.

Como nadie parecía que iba a decir nada más, él añadió:

— Me envía el jefe a supervisar y todo eso. ¿Vais a formar grupos para registrar el hotel, verdad?

— ¿El jefe? ¿Qué jefe?

Terión se quedó un momento bloqueado. Luego reconstruyó la frase.

— El teniente Strayer. Samuel Strayer.

— Ah. Ya veo. Tú debes de ser el agente Terión ¿no?

— Exacto —respondió Terión.

— Eso lo explica todo...

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Nada, nada. Sólo que, oye, procura no meter mucho las narices, ¿quieres? Aquí hay policías de verdad que intentan trabajar ¿Estamos?

“Ya empezamos”, pensó Terión. Un coro de risitas acompañó a la declaración del policía.

— Tranquilo —dijo él hablando lo bastante alto para que todos lo escucharan—. No voy a arruinarte la diversión. No vas a notar ni que estoy aquí.

El otro agente pareció sopesar sus opciones. Terión era ampliamente conocido en todos los distritos de CloudScraper, e incluso en ciertas zonas de las restantes ciudades de Alpha Dárdanel, por ser un grano en el culo y un metepatas. Pero el teniente Strayer era conocido por su temperamento frío y su inflexible determinación a la hora de patear traseros. No convenía contrariarlo.

Finalmente optó por una opción intermedia.

— De acuerdo. Se le asignará un compañero y juntos procederán a revisar las plantas del hotel que se les indique.

—¡Ey! ¡Se supone que yo tomo las decisiones! —protestó.

— Díselo al viejo Sam —replicó el agente—. Ahora acompaña-rás al agente Delta en su ruta. Y punto ¿me captas?

Más risitas de fondo. Terión no tenía ganas de discutir.

— Se presenta el agente delta-bravo 6526 —dijo una voz robótica a su espalda.

Al darse la vuelta tropezó con su compañero. Era un androide de asalto. Al parecer lo habían modificado para funciones más pacíficas como, por ejemplo, preguntar. Su enorme presencia metálica y azulada contrastaba con sus sensores ópticos, de un vivo color rojizo. Ante casi dos metros de multiplástico y titanio uno no podía evitar preguntarse si la I.V. que manejaba todo aquello era de fiar. Sobre todo si uno se fijaba en que todavía conservaba muchas de sus partes afiladas.

<<La leche. Ni siquiera han sabido disimular bien el lanzallamas>>, observó Terión.

Más risitas sonaron en el vestíbulo. Terión empezaba a pensar que, estar calentito bajo techo, no compensaba que le tocaran las pelotas tan descaradamente.

— Es una broma, ¿no?

— No. Es el agente Delta.

— Soy el agente Delta —corroboró el robot.

— Mierda...

— Bueno, venga. Desplegaos de una vez. ¡Delta! Tú y tu compañero subiréis a los pisos de arriba ¿entendido?

El androide activó su protocolo de patrulla sin perder ni un instante, hablando con determinación digital:

— Recibido. Acompañeme, agente.

Terión no se atrevió a contradecir a Delta. Dejó el paraguas del jefe por ahí. Comprobó su equipo. Luego ambos caminaron hasta un ascensor.

— Me llamo Terión.

Los ojos rojos del androide enfocaron al desaliñado agente.

— Terión. Grabado en memoria.

En cuanto se abrieron las puertas subieron al ascensor. La cabina crujió levemente bajo el peso del androide, que no pareció mostrar indicio alguno de preocupación. De hecho pulsó el botón del ascensor con suma delicadeza. Mientras ascendían Terión se dedicó a mirar a su nuevo compañero con detenimiento.

Jamás lo confesaría públicamente, pero era aficionado a la robótica y tenía conocimientos en cibernética. A ojos de todo el mundo prefería desdeñar la tecnología y todo ese rollo. Hacerse el machote. Escupir delante de los drones como si sólo fueran pedazos de hojalata. Sin embargo le apasionaban los robots. Así que, con todo el disimulo que pudo, escudriñó a Delta.

Resultaba increíble ver un androide de asalto funcionando en una unidad urbana normal y corriente. A este lo habían ensamblado con

partes de procedencia muy diversa. Observándolo con detenimiento parecía un montón de chatarra. Incluso se podían apreciar, bajo el esmalte celeste típico de la poli, trazos de pintura anterior, más vieja. La inspección ocular iba revelando datos cada vez más inquietantes. En la base de lo que sería su cráneo pudo distinguir un código de barras de los antiguos. Era difícil estar seguro con aquella luz, pero Terión habría apostado la mitad del sueldo a que ni siquiera habían reprogramado su I.V.

— Planta 68 —anunció el altavoz del ascensor.

— Procedamos —ordenó Delta.

— Lo que tú digas.

Esa fue su primera parada.

La sensación que transmitía el hotel era de total desamparo. Si no fuera por los drones de limpieza que rondaban por ahí, uno podría pensar que estaba visitando un hotel milenario. Era la primera vez que Terión subía en un ascensor que no se activaba por voz. El agente Delta, ajeno a estos detalles, fue directamente a la primera puerta. Llamó golpeando con suavidad.

— Policía. Abran.

El tono de mando era más informativo que imperativo. Sonaba extraño a través del módulo de voz anticuado (ahora Terión no tenía la menor duda) que llevaba instalado Delta.

— Bravo, machote —se burló—. Lo bueno si es breve...

La puerta de la habitación 6800 se abrió un poco, revelando medio rostro de mujer.

— ¿Qué ocurre, agente? ¿Qué pasa?

— Es un asunto de la policía —respondió Delta—. Identifíquese, señora.

La mujer pareció disgustarse pero Terión intervino a tiempo.

— No se lo tome en cuenta, señora —dijo con alegría—. Es su primer día de trabajo.

— Ya veo... Bueno... soy la señora Andrea Brett, compruébelo usted mismo.



La señora abrió un poco más la puerta para mostrar bien el rostro. Delta escaneó sus pupilas mientras conectaba con la computadora del hotel para verificar la identidad del inquilino.

— Verificación positiva. Andrea Brett, huésped de la habitación 6800. Tiene que responder a unas preguntas...

— Déjame a mi Delta —intervino Terión, al ver la cara que ponía la señora Brett—. Ya sigo yo desde aquí, ¿te parece?

— Afirmativo. Proceda.

— “Afirmativo” —rió Terión—. Estamos apañados contigo, tío.

A partir de ahí, todo fue transcurriendo con anodina normalidad. Las puertas se sucedían. Preguntas. Respuestas. Continuaron sin mayor problema. Registraron la planta 69, y la 70, y la 71 y la 72, lidiando con huéspedes más o menos comprensivos con el agente robótico. Terión se estaba aburriendo como nunca...

...hasta llegar a la planta setenta y tres.

Terión tuvo un mal presentimiento desde el primer momento.

Era otra planta, como sus otras setenta y dos plantas, y como las otras veintitantas que le quedaban. La misma moqueta azul. Los mismos cuadros horteras. La iluminación indirecta, medio fundida, alumbrando paredes de tono pastel. Y, cómo no, hilera tras hilera de puertas azules y desgastadas por el uso, cerradas a cal y canto, con sus posibles inquilinos dentro. Todo ello aderezado por un hilo musical insulso y una decoración sosa a base de flores sintéticas. No en vano DryStar era uno de los hoteles más viejos de Cloudscraper, con sólo cien pisos de altura.

— ¿No notas nada raro, agente Delta?

— Mis sensores no detectan nada fuera de lo usual.

— Vale.

Terión odiaba muchas cosas. Una de ellas eran las jodidas inteligencias virtuales y su robótica ceguera ante-lo-evidente. Las I.V. poseían múltiples protocolos de reacción, pero eran incapaces de aprender o readaptarse mediante la creación de nuevos protocolos. Uno tenía que insertarlos en su memoria o dar órdenes verbales di-

rectas. Otra cosa que odiaba era su puñetera mala suerte. Aunque había varios grupos de agentes registrando el hotel, ya tendría que haber imaginado que sería el afortunado. Que le tocaría el premio gordo. Y conste que lo de gordo no lo decía por Delta...

— Mira, listillo, no hay drones de limpieza —explicó Terión al androide—. En todas las otras plantas sí que había, ¿lo captas?

— Según mi programación, no encuentro una relación directa entre la ausencia de drones, agente Terión, y una situación que implique una actuación preventiva.

Ambos agentes se miraron. El humano acabó por ceder ante aquella mirada eléctrica.

— Bueno, vale, es una chorrada, lo sé. Pero tengo una corazonada.

— No comprendo el significado de “corazonada”.

— Lo imaginaba.

Cuando se acercaron a llamar a la primera puerta, esta cedió ante los nudillos acerados del androide. Se quedó entreabierta con un chirrido ominoso. Dentro, difíciles de ver en la penumbra, varios drones de limpieza estaban destrozados. Sus piezas, esparcidas por el suelo.

— ¡Ja! ¡Te lo dije!

Delta activó el modo de alerta naranja, enviando un aviso preventivo a todos los agentes del edificio. Las luces ámbar de advertencia emergieron de distintos compartimentos distribuidos por todo su almacén. Los topes de seguridad que frenaban las cuchillas de sus brazos desaparecieron, dejándolas libres. El lanzallamas se desplegó en el antebrazo izquierdo. De sus perneras brotaron dos pistolas magnéticas que habían estado ocultas por sendas cubiertas, disimuladas perfectamente.

— ¡Joder! —exclamó Terión—. A esto lo llamo yo ir bien preparado.

— Cuidado —advirtió Delta con su voz carente de emoción.

¡Fzuum!¡Fzuum! Dos fognazos cegadores pasaron rozando a Terión. Le habrían hecho trizas si Delta no le hubiera apartado de golpe, lanzándolo por los aires contra la pared contraria. En cambio el brazo derecho del androide quedó mutilado e inútil.

— Los disparos vienen de la 7313 —determinó Delta. No parecía echar en falta su brazo.

— Ya me he dado cuenta —respondió Terión, alzándose poco a poco, aturdido—. ¡Métete dentro de la 7301, joder! ¡Ahí de pie eres una puta diana ambulante!

El robot obedeció.

Cuando tienes a un compañero herido a tu lado y un maldito homicida al otro, cuesta bastante mantener la mente fría, aunque tu compañero pese cien kilos y lo hayan fabricado en las lunas de Vulkan. Terión no era de esos, así que maldijo varias veces mientras activaba torpemente el holopanel de su brazalete. Tecléo las órdenes en el aire, nervioso. En menos de dos segundos alertó a todos los agentes que estaban registrando el edificio. Alerta roja. Ahora la cosa sí que iba en serio. Del otro lado del pasillo, donde estaba el criminal, le llegaba ahora un ruido como de arrastrar muebles.

— ¡Mierda! —lamentó Terión—. Y yo que pensaba que estaría calentito y seco...

Desenfundó su arma. Le temblaban las manos, pero estaba listo para actuar.